

De las bibliotecas

Ramón ANDRÉS*

Las bibliotecas privadas, con mayor acento a partir del siglo XVIII, adquirieron la significación de unos espacios destinados a la generación de sentido, instrumentos de irremplazable valor que facilitaban el acceso a las claves del conocimiento. Anaqueles, candeleros, escritorios de gavetas, tinteros, plumas y salvaderas formaban parte de un silencio que traía consigo la revelación del mundo. Sus muros cerraban un recinto invulnerable donde la perspectiva de los estantes conformaba una metáfora: la acumulación de la sapiencia, dispuesta en hileras, desvelaba desde sus pasadizos el secreto último de las cosas. Algunos quisieron ver en ellas pequeñas arcas de Noé, lugares de salvación junto a todas las especies del saber.

Aquellas estancias veteadas de títulos empezaron a observarse como la herramienta capaz de poner en orden el acopio de lo pensado por los hombres. Mapas celestes, obras morales y teológicas, tratados hidráulicos y de óptica, grandiosas epopeyas y libros de botánica, retórica y anatomía contribuían a explicar la existencia, a observarla. Estudiar el universo en unos pliegos, interiorizarlo, entrar en la especulación de la música, hallar la explicación de los fenómenos naturales, conocer la historia de los pueblos o seguir cartográficamente la apertura de rutas marítimas significaba convocar en un mismo aposento las voces que relataban la condición humana y su escenario. La biblioteca permitía mirar al exterior, muy a lo lejos, desde un sitio oculto. El lector y el vigía fueron y son una misma cosa.

39

La habitación de la casa que se destinaba a los libros consiguió el carácter de emplazamiento íntimo, un refugio a salvo de la comunidad, porque la escritura, y no menos la lectura, representaron formas de emancipación. Textos impresos y manuscritos instituían para el extraño un ámbito hermético, pero no para su propietario, que creía tener entre las manos la sabiduría como el más preciado de los enigmas. El libro cobró un valor específico, y no solo en razón de aspectos como la encuadernación, tipos y grabados, sino entendido como elemento de comunicación, llamémosla exclusiva, de la que nadie podía participar. Es notable el hecho de que los libros fueran incluidos con mayor asiduidad en los testamentos e inventarios *post mortem*, extremo que empezó a vislumbrarse ya en el siglo XVI. Poseer una biblioteca resultaba un distintivo, una muestra de nobleza del *cuore*, el saber aceptar la ayuda de quienes pueden guiarnos. No con lentitud, la modernidad renunció a la lectura colectiva.

Era tanto el celo de los lectores que sus bibliotecas, exiguas o no, se transformaron en salas de difícil acceso, a veces cerradas bajo llave. Ya en el siglo XVII las librerías domésticas comenzaron a trasladarse desde los recibidores y antesalas a las habitaciones más retiradas. En ellas se hacía posible gozar de la vida solitaria. Su sola existencia se tornó en un

*Ensayista, pensador, poeta. Premio Príncipe de Viana de la Cultura en 2015.

estímulo, en una labor que llevaba a clasificar títulos, materias y autores, estar pendiente de las imprentas y librerías de las que salían codiciadas ediciones. En una carta de octubre de 1671, Spinoza rogaba a Leibniz que le facilitara su *Hipótesis física*, ya que no podía conseguirla en La Haya, donde tampoco encontraba las *Reflexiones físico-mecánicas* de Oltius ni la *Introduzione* de Francesco Lana. Sabemos que John Locke fue un impenitente bibliófilo; para él cada libro suponía un acontecimiento, le destinaba una signatura, apuntada con minucia en una pequeña etiqueta que pegaba en el lomo del correspondiente volumen. No bastaba con eso, pues firmaba en la tapa anterior de la encuadernación y comúnmente anotaba en la undécima página el precio del mismo. Dibujaba un trazo al final del ejemplar, y no era infrecuente el subrayado de las fechas en la portada; así, los colocaba en estantes por tamaños, sin atender al contenido. Luego los catalogaba con el correspondiente número de referencia. A su muerte en 1704 había reunido cerca de cuatro mil volúmenes, una cifra para entonces extraordinaria. Samuel Johnson también fue conocido por su desmedida afición a la lectura, y hace unas décadas Jünger afirmaba que las bibliotecas eran la zona idónea para crear un microclima apto para el espíritu.

La ubicación de la biblioteca, su orientación y disposición, fueron con frecuencia el resultado de un meticuloso estudio del espacio doméstico. Encontrar la parte propicia de un hogar para estar a solas durante la lectura se había vuelto algo imprescindible. Se antojaba difícil combinar en un ambiente comunitario el encuentro entre el espejo del mundo, que es el libro, y los ojos del lector. El conocido lienzo de Pieter Janssen Elinga esconde el rostro de la *Mujer leyendo*; el escorzo de su imagen, su material silencio, pueden romperse de un momento a otro. La lectora de corpiño rojo está en una sala abierta, a la luz de la ventana, expuesta a cualquier interrupción.

40

Ciertamente, en el entorno burgués se hizo más y más necesario preservar esta área de intimidad, ese estar a solas concentrado y en meditación. Por eso Montaigne optó instalar la biblioteca en el tercer piso de la torre de su castillo y crear allí un resguardo. En las vigas y algunos entibos, «para guiar su espíritu», inscribió cincuenta y siete sentencias en latín y en griego –varias del *Eclesiastés*, Sófocles, Sexto Empírico- y jalonó en cinco niveles de libros un espacio circular que lo abarcaba de una mirada. La mesa y la silla ocupaban el único rincón que describía un muro liso. En ella, como relata en los Ensayos, se siente tranquilo «por ser de acceso algo difícil» y por tratarse del cubil (*c'est là mon siege*) que le facilita sustraerse de la comunidad conyugal, filial y civil. Desde arriba dice ver el jardín, el corral y el paso de los familiares; comenta que, si en un tiempo fue la pieza más inútil de la casa, con tal munición de páginas la biblioteca pasó a ser la lima de sus desventuras. Cuánto hay de razón en su sentencia: «¡Mísero aquél, a mi parecer, que no tenga en su casa un lugar donde pertenecerse, donde hacerse a sí mismo la corte, donde ocultarse!».

Montaigne llegó a poseer un millar de libros, se mezclaban en la torre los nombres de Macrobio, Benzoni, Séneca, Guevara, Cicerón, Lucrecio. Tenía la *Cosmographie universelle* de Münster, las *Sententie* de Hortensio Landi, los *Colloquia* de Erasmo. Sin embargo, las bibliotecas no fueron únicamente patrimonio de humanistas, también las había en las casas de abogados, médicos, comerciantes con aspiraciones sociales, artesanos cualifica-

dos, entre los que deben contarse los músicos intelectualmente inquietos, sobre todo compositores. Un pintor como El Greco se jactaba de tener en la suya las obras de Vitrubio y Palladio, tratados médicos, escritos de Aristóteles y Demóstenes, textos patrísticos y de la tragedia griega, Homero, la Biblia, Jenofonte, Plutarco, Flavio Arriano, pero también los versos de contemporáneos como Bernardo Tasso y de arquitectos ilustres, entre ellos Barozzi da Vignola. También poseía los escritos de Dionisio Areopagita. Lo mismo puede decirse de Velázquez y Rembrandt. Páginas de toda naturaleza, «de diferentes facultades, así de lo moral y buenas letras», recibieron los legatarios de Calderón de la Barca «según los puntos testamentarios», quienes recibieron el *Theatrum vitae humanae*, un cuerpo de libros «habidos en dos estantes» y una escribanía de carey.

Unos y otros querían plantar en una zona apartada ese árbol del saber que es la biblioteca. Así, la producción de libros aumentó tan considerablemente en Europa que muchos lamentaron el mal uso de la imprenta. Lutero la consideraba una sirvienta de la ignorancia. Todavía en el siglo XVIII Lichtenberg hacía un escarnio de este fenómeno —él era propietario de unos dos mil volúmenes—, aduciendo que lo peor de un buen libro es que genera miles de obras malas. El agudo Torres Villarroel que, por cierto, fue hijo de un librero caído en la ruina, empezó a sospechar de los libros al comprobar que los suyos se vendían. Jean de La Bruyère no fue menos cáustico al tratar este asunto. Proliferaron las ferias, las subastas, las tiendas en las que se hacinaban viejos ejemplares, Quintilianos, Plutarcos, almanaques, recetarios y cuadernillos astrológicos. El propio Johann Sebastian Bach participó en 1742 en una de dichas subastas y compró una recopilación de escritos de Lutero. Pagó diez táleros por ellos.

41

Algunos de los libros de que disponía el músico contenían anotaciones y subrayados, al igual que los manejados por Spinoza, que acotaba, glosaba e incluso tachaba párrafos. El filósofo era dueño de una biblioteca relativamente discreta en cuanto a cantidad, pero de interés, llena de rarezas que se alineaban junto a obras que lograron una difusión notoria. Al pensador holandés le acompañaba un buen número de páginas de Descartes, estaban Flavio Josefo —un autor adquirido también por Bach, el gramático Buxtorf, el *Encheiridion* de Epicteto, la *Sphaera mundi cum Oratione* de Johannes de Sacro Bosco. Maimónides y su *Guía de perplejos*, en la veneciana edición de Bragadin de 1515, compartía un lugar junto a la impresión de 1615 de *Eclogae chronicae* de Johannes Kepler. Góngora, Quevedo, *El Criticón* de Gracián también merecían un sitio en los anaqueles con Steno y sus *Observationes Anatomicae* de 1612, y con la *Universae Astronomiae* que Metius dio a la imprenta en 1605. Spinoza usaba cinco Biblias, entre ellas la *Biblia Hebraica* publicada en Venecia por Martinelli en 1639.

Al respecto, la Biblia dejó de ser, en los ambientes protestantes de finales del siglo XVII, un acervo de clérigos. No era necesario recurrir a las estanterías comunitarias donde acudía la feligresía, porque a partir de entonces se convirtió, en palabras de Roger Chartier, en un libro de todos. Podía estar en manos de un escéptico como Spinoza o de un matemático como Newton. Debe tenerse en cuenta que el pietismo en Alemania incitó a la lectura, de ahí que no sea anecdótica la circunstancia que intervino en un factor tan singular

como el de la alfabetización, notablemente superior en la zona septentrional de Europa. Aunque no todo residía en esta voluntad pietista ni en el impulso de Philipp Jacob Spener, el autor de *Pia desideria*, que vio la imprenta en 1675. Tiempo antes, Erasmo, Vives y Lutero insistieron en que la lectura era el derecho y fundamento de la educación, de ahí que los libros en propiedad, su cantidad, acabara sobrepasando con creces la media alcanzada en los países católicos. Vives aconsejaba emplear un atril para favorecer la comodidad del lector, de igual modo que sugería el uso del candil por ser su llama más constante que la propia de las velas, cuyo chisporroteo dañaba los ojos. De no contar con la lamparilla de aceite, sino únicamente con las citadas velas, éstas debían ser de cera y no de sebo, ya que si eran considerablemente más baratas desprendían un olor desagradable; su mecha de lino no resultaba buena para la lectura, y por ello era preferible la de algodón.

Las bibliotecas calvinistas estaban diez veces más provistas que las católicas, y ya en el XVIII las ciudades de la Alemania renana y luterana, como Tubinga, Francfort y Espira, el ochenta por ciento de los inventarios aportan relaciones de libros, un porcentaje que desciende en la Francia católica, en la década de 1750, hasta el veinte por ciento. Gradualmente el libro, y también la sala en que reposaba, fraguaron esa alegoría de la que habló Hans Blumenberg, una auténtica galería de espejos por la que discurría un repertorio de ideas e imágenes unidas por la facultad de condensar y representar en unos cuadernillos de papel el cosmos, el cuerpo humano, el pensamiento, la naturaleza, la relación entre los seres. Sin su presencia la visión del mundo hubiera sido otra, obedecería a códigos distintos, acaso el tiempo no tendría principio ni fin, como lo tienen los libros. Eso que llamamos tiempo, sería un fajo de hojas sin paginar.

42

Es cierto que el propio Lutero, que tanto instigó a la formación no solo espiritual sino cultural de los jóvenes, proclamaba los bienes de la lectura comunitaria, antes que individual, en torno a la Biblia y los libros de devoción, pero en la carta *A los magistrados de todas las ciudades alemanas*, aparecida a principios de 1524, no olvida señalar que en ningún momento deben regatearse ni aplicación ni dinero para contar con buenas bibliotecas y librerías, y que si se desea la subsistencia del evangelio y las ciencias «es imprescindible que se redacten por escrito y se conserven en libros». En ellos, además, deben pervivir los bienes de las lenguas. Los golpes, temores y ansiedades que padecían los alumnos en las escuelas terminarían por erradicarse, según Lutero, si se ofrecía una buena disposición de los saberes, que principalmente se cimentaban «en leer». Esta inclinación se acentuó en el siglo siguiente, cuando los muchachos disponían ya en el propio hogar de libros comprados por los padres. Ello modificó la difusión de las ideas, y por eso mismo la relación con el prójimo y con uno mismo.